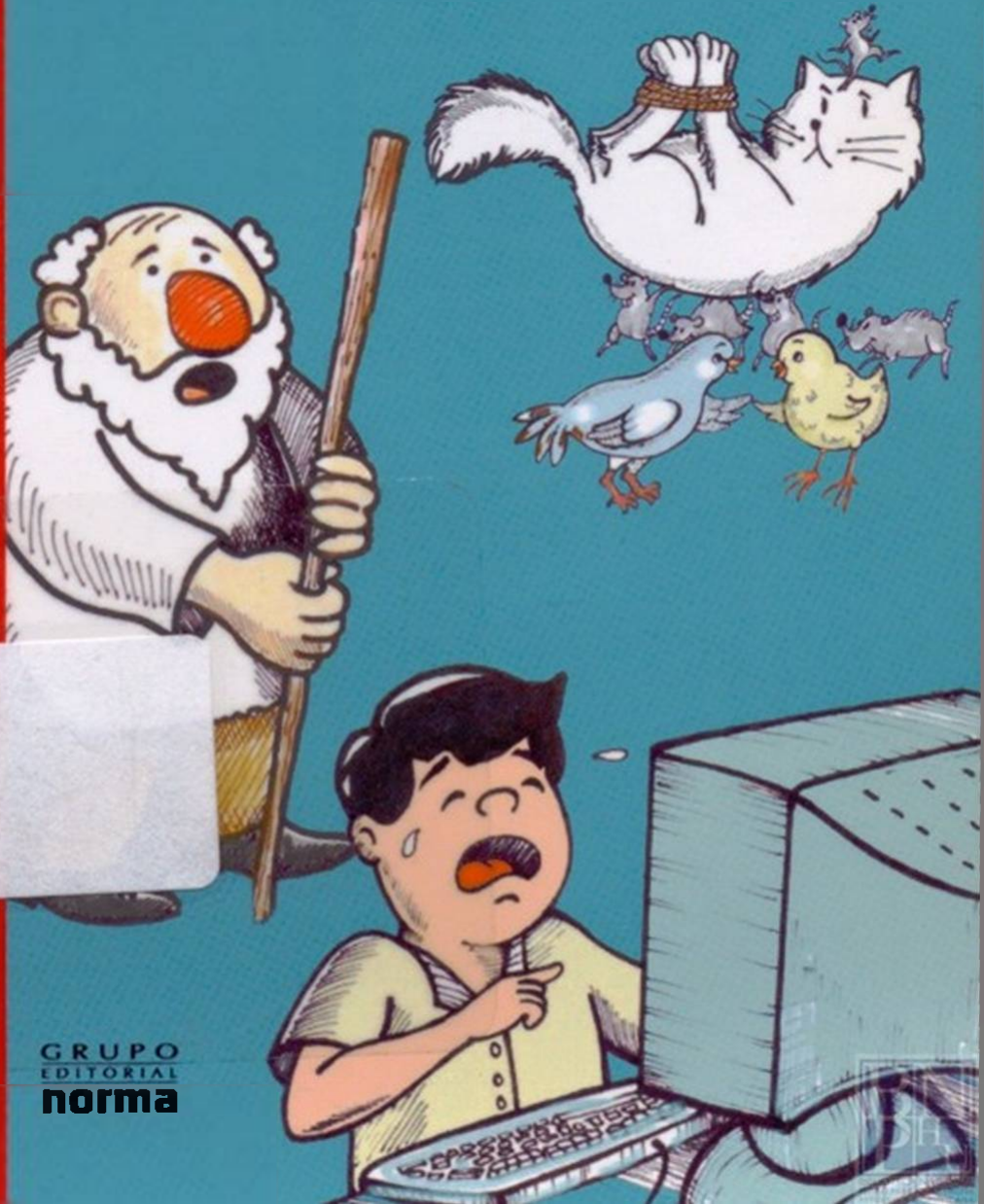




Ilustraciones de Rigoberto Peláez

Cuentos de niños y animales

Rafael Peralta Romero



PHU

863.44
26c

GRUPO
EDITORIAL
norma

Cuentos de niños y animales

GRUPO EDITORIAL NORMA
REPUBLICA DOMINICANA
MUESTRA PARA EVALUACION
SIN VALOR COMERCIAL

Cuentos de niños
y animales

A Clara Alexandra Figueroa
Ángel Vladimir Fernández
y Christopher Mena Peralta,
tres magníficas criaturas.

GRUPO EDITORIAL NORMA
REPUBLICA DOMINICANA
MUESTRA PARA EVALUACION
SIN VALOR COMERCIAL

Cuentos de niños y animales

Rafael Peralta Romero

Ilustraciones de Rigoberto Peláez



GRUPO
EDITORIAL
norma

<http://www.norma.com>

Bogotá, Barcelona, Buenos Aires, Caracas,
Guatemala, Lima, México, Miami, Panamá,
Quito, San José, San Juan, San Salvador,
Santiago de Chile, Santo Domingo.



154-20

BNPHU

PD

RD 863.44

P 426c



Rafael Peralta Romero

Ilustraciones de Roberto Peralta
y Christopher Méndez Peralta

**Título original en español:
Cuentos de niños y animales**

Copyright © Editorial Norma, S.A., 2006, para Estados Unidos, México, Guatemala, Puerto Rico, Costa Rica, Nicaragua, Honduras, El Salvador, República Dominicana, Panamá, Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia, Paraguay, Uruguay, Argentina y Chile.

**Reservados todos los derechos.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin
permiso escrito de la editorial.**

**Impreso por Cargraphics S.A.
Impreso en Colombia - Printed in Colombia.
Septiembre 2007**

**Dirección Editorial: Bismár Galán
Diagramación y armada: Rubén Rodríguez
C.C. 12270
ISBN: 978-99934-56-13-1**

Contenido

El gato irresponsable	7
Las crías de Doña Ratona	17
El trote alegre de un pichón de mulo	23
El niño escribió un cuento	31
La misión del gallo	39
Rosal Escondido	45
La palabra más importante	53
La tienda del gato	63
El día que el mundo se iba a quedar sin color	73

001025
e.2

Secretaría del Estado de Cultura
Biblioteca Nacional
DEPOSITO LEGAL
PROCESOS TECNICOS
SANTO DOMINGO, R. D



BMPH
DL
RD 863.44
P 924C

Contenido

7	El gato irresponsable
17	Las crías de Doña Razona
	El mote alegre de un picón
33	de mulo
37	El niño escribió un cuento
50	La mamá del pollo
45	Rosa Escudido
51	La palabra más importante
63	La tienda del gato
	El día que el mundo se iluminó
73	quedar sin color



Este era un, pero tan irresponsable que la casa donde vivía se convirtió en la favorita de los ratones. Allí hacían ellos hasta fiestas. Además de encontrar su alimentación

El gato irresponsable

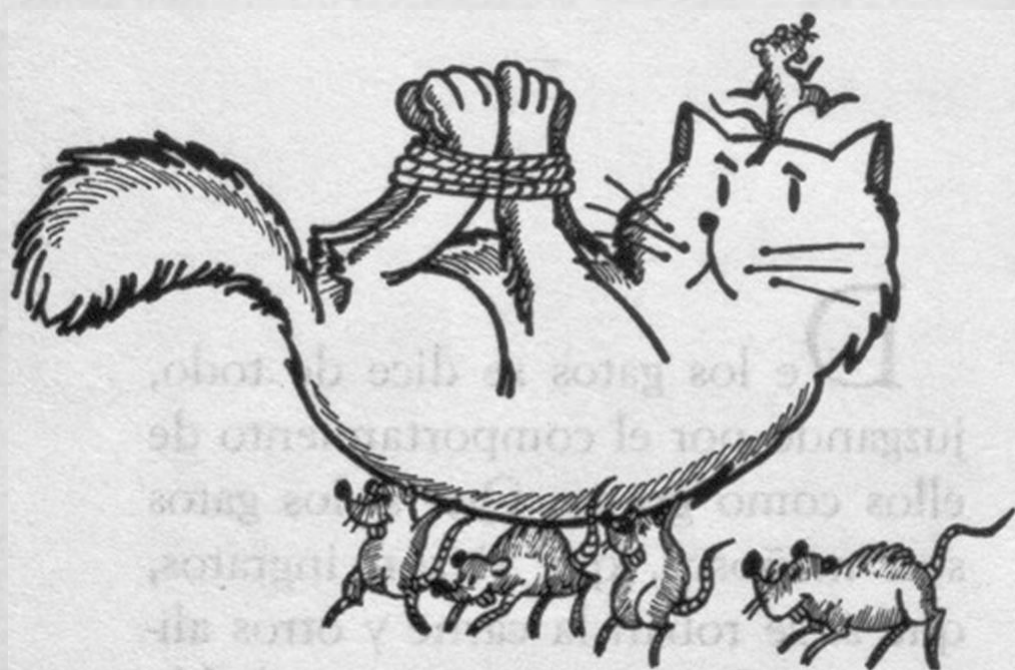
libros, masticaban la ropa, y a veces mordían a los niños.

Y Hol Gazán, ese gato grande y blanco siempre gruñendo, cuando se encontraba al alcance de la pata, se comía la carne.

De los gatos se dice de todo, juzgando por el comportamiento de ellos como grupo. Que si los gatos son mañosos, que si son ingratos, que si se roban la carne y otros alimentos. Pero pocas veces se habla de la responsabilidad de un gato. Se sabe de gatos que son responsables y de otros que no tienen esa virtud. Ahora, nunca se vio gato más irresponsable que aquel del que quiero hablarles. Se llamaba Hol Gazán.

de la familia, sobre todo los niños,

El gato irresponsable



Este era tan, pero tan irresponsable que la casa donde vivía se convirtió en la favorita de los ratones. Allí hacían ellos hasta fiestas. Además de encontrar su alimentación en la cocina, roían los libros, manchaban la ropa, y a veces mordían a los niños.

9

Y Hol Gazán, ese gato grande y blanco siempre dormitando, cuando no en una silla del comedor, en la escalera, o tomando sol en el balcón. La dueña de la casa lo estimaba mucho y hasta lo respetaba, dizque por honrado. Porque este gato no se comía las cosas que dejaban sobre la mesa o en la cocina. En eso era confiable.

A decir verdad, a Hol Gazán lo alimentaban muy bien. Le preparaban comida en la casa, además de comprarle grandes fundas de alimento. Eso nunca faltaba en la lista del súper. Y si se olvidaba alguna vez, como quiera alguien de la familia, sobre todo los niños,

colocaba el alimento en el carrito de compras.

10

En las demás viviendas, los vecinos se quejaban poco de la presencia de ratas, pero en la casa donde vivía el gato Hol Gazán esos seres tan dañinos cometían todo tipo de barbaridades. Era como su lugar favorito. En las noches se les oía corretear en el cielo raso, bailaban en los closets, parecían jugar béisbol en la cocina, y se refrescaban en platos y cacerolas.

Pero nada de esto preocupaba al gato de la casa. Parece que dijera: "Ay, qué caray, qué me importa a mí lo que haga nadie". Y seguía viviendo en la inactividad. Su actitud cambió un día, o mejor, tuvo que cambiar, porque también varió su suerte.

¿Qué le pasó al gato? ¿Qué lo hizo cambiar? Bueno, bueno, cualquiera no sabe ni cómo decirlo.

Ocurrió que la sociedad de ratas y ratones celebraba una gran

fiesta. Creo que se conmemoraba su día, y organizaron juegos y competencias en una gran alcantarilla donde vivían muchos de ellos.

La competencia más difícil, para la que se ofrecía el premio más codiciado, consistía en llevar un gato al lugar de las celebraciones, pero un gato vivo, que pudiera sentir las mofas de la congregación de ratas, y que pudiera dar testimonio del poder de esos malignos roedores.

Los ratones que vivían en la casa del gato haragán se rieron al escuchar ese anuncio. “Ganamos nosotros”, se dijeron. Y prepararon su plan, que no era otro que cargar con el gato Hol Gazán hacia la fiesta de los ratones.

Como era de esperarse, lo encontraron durmiendo, y aunque despertaba por momento, no hizo ningún gesto que asustara a los atrevidos ratones. Estos trabajaban afanosos

en pro de su objetivo, pero la carga pesaba mucho, pues, como les contaba, era un gato muy bien alimentado.

12 Además de una ratomagia, los astutos ratones prepararon unos amarres en las patas para que, si intentaba marcharse, no pudiera hacerlo.

Cuando tomó conciencia de sí, el gato se preguntaba qué pasaría con él. Propuso a sus captores un trato de relaciones amigables a cambio de su libertad, pero a ellos no les pareció atractivo. Al contrario, se rieron de él.

Avanzaron, aunque despacio, con el gran peso. Y el gato volvió a pedir clemencia. “Más adelante te responderemos”, dijeron las ratas. Y continuaron con su plan. Entonces Hol Gazán intentó zafarse, simulando enfado. Los secuestradores también se molestaron y amenazaron con violentarse. El gato se calmó.

Faltaba poco para llegar al sitio, pero los ratones estaban agotados y temieron que su plan fracasaría. El gato lo entendió y mordió a uno de ellos. Entonces el más viejo del grupo dijo al gato:

—Mira, es mejor que colabores, para que salves tu pellejo, tú no conoces la historia de que algún ratón se haya comido un gato. Tengo una propuesta a tu favor.

—Exprésala —dijo el gato, quien escuchaba muy atento.

Ahí fue cuando el ratón mayor le dijo:

—Te quitaremos las ataduras de las patas traseras, tú te comprometes a caminar hacia el lugar de nuestra fiesta, llegas con nosotros, permaneces un tiempo allí, y luego te dejamos escapar.

El gato aceptó el trato y caminó con ellos hacia la alcantarilla, donde se celebraba la convivencia de ratas. Tremenda algarabía se armó cuando vieron a los seguros ganadores entrar

con su presa. Hubo bulla, aplausos y chillidos.

14

Se hacía difícil para el gato soportar la suciedad y los olores de la cloaca, pero hubo de soportarlos. Como también aguantó las burlas y mofas de la ratonada. Y le decían: “¿Tú no comes ratón?, cóme-me a mí”. Hasta los más pequeños se burlaban. Y todos gozaron hasta el cansancio.

Sucio y hediondo llegó a la casa, llenando de asombro a la familia. Pero también provocó rechazo, pues nadie quería que el gato se le acercase ni tampoco que subiera a los muebles. Qué situación más difícil, nunca le había tocado vivir un momento así. Lloró amargamente, sobre todo al pensar en la vergüenza que significaba dejarse atrapar y humillar por unos miserables ratones.

En su reflexión, cayó en la cuenta de que sólo él era responsable de su problema, el único responsable por

no haber cumplido con su deber. Eso lo identificaba como un gato irresponsable, y fue el origen de su desgracia.

Las crías de Doña Ratona

15



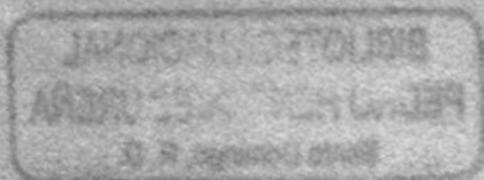
En una casa del reparto Bella Vista vivía doña Ratona. O mejor, en el patio de esa casa era donde vivía, en un hueco de la pared que divide el patio con el de al lado. Doña Ratona entraba y salía de su hueco, de acuerdo a sus necesidades, sobre todo alimenticias, porque allí no había nada de comer, todo tenía que buscarlo en el vecindario.

Vivía tranquila y con relativa soledad, tenía muy pocos amigos, aun- que se juntaba de vez en cuando con

credo me nobilitabilibus agnatis
chius omos aduimidi ol es
responzibilis yhe slybzogozzi
portar la suriedad y los ol
cléca, pero hubo de soportarlos.
Como también aguantó las burlas
y moñas de la tonada. Y le de-
cían: "¡Pasa, pasa, que me
me pases!" Hasta los más pequeños
se burlaban. Y todos gozaron hasta
el cansancio.

Sucio y hediondo llegó a la casa,
llenando de asombro a la familia.
Pero también provocó rechazo,
pues nadie quería que el gato se le
acercase ni tampoco que subiera
a los muebles. Qué situación más
difícil, nunca le había tocado vivir
un momento así. Lloró amarga-
mente, sobre todo al pensar en la
vergüenza que significaba dejarse
atrapar y burlar por unos misera-
bles ratones.

En su reflexión, cayó en la cuenta
de que solo él era responsable de su
problema, el único responsable por



algunos de su especie, que residían en la cercanía, en cocinas, colmados o doccas.

Por esos lados transitaba con cierta frecuencia un gato que se trataba en

Las crías de Doña Ratona

milleros de su preferencia. No era un gato hambriento ni arrojoso, porque sus dueños contribuían con su alimentación. Estaba en su casa cuando y durante la veintidós también

En una casa del reparto Bella Vista vivía doña Ratona. O mejor, en el patio de esa casa era donde vivía, en un hueco de la pared que divide el patio con el de al lado. Doña Ratona entraba y salía de su hueco, de acuerdo a sus necesidades, sobre todo alimenticias, porque allí no había nada de comer, todo tenía que buscarlo en el vecindario.

Vivía tranquila y con relativa soledad, tenía muy pocos amigos, aunque se juntaba de vez en cuando con

Las crins de Doña Ratona



el patio de casa de Doña Ratona. El gato de casa de Doña Ratona estaba y salía de su hueco, de acuerdo a sus necesidades, sobre todo al momento de comer, pero como él no había nada de comer, todo tenía que buscarlo en el vecindario.

Vivia tranquilamente y con relativa salud, tenía muy pocos amigos, pero que se juntaba de vez en cuando con

algunos de su especie, que residían en la cercanía, en cocinas, colmados o cloacas.

Por esos lados transitaba con cierta frecuencia un gato que se trepaba en la pared para cazar lagartos y otros animalillos de su preferencia. No era un gato hambriento ni andrajoso, porque sus dueños contribuían con su alimentación. Pero se divertía cazando y explorando la vecindad, que también le servía para variar la comida.

Este gato también disfrutaba de la sombra de los árboles para dormir y desperezarse. Un día, entre dormido y despierto, sintió un movimiento de hojas secas y levantó los oídos. “Parecen movimientos de ratón”, se dijo. Pero no vio nada y siguió durmiendo, aunque el olfato le indicaba lo mismo. “Es olor de ratón, en eso rara vez me equivoco”.

En realidad era como él pensaba, pues había pasado por allí Doña Ratoña, en su ruta habitual para el cumplimiento de sus tareas. Desde entonces

el gato puso atención, y luego comprobó que una rata solía pasar frecuentemente cerca de él.

20

Hasta que un día le siguió los pasos y dio con el nido de Doña Ratona, justamente cuando ella estaba recién parida. Doña Ratona tenía tres crías, y el gato pensó: “Ya tengo comida”.

Entró al hueco de un bloc roto y vio tres ratoncitos rosados, sin pelo, con piel tersa. Parecían manzanitas alargadas, no, mejor parecían zanahorias tiernas, pequeñas.

Al gato le brillaron los ojos como dos lamparitas, se lamió los labios y pensaba en cómo iba a ingerir aquel rico manjar de ratoncitos tiernos. Calculaba si llevárselos y comerlos en distintos momentos, o si hacerlo de inmediato en el mismo lugar donde se encontraban las diminutas criaturas. “¿Me los comeré de cena? ¿Mejor de desayuno mañana? ¿Como merienda?” Estaba indeciso, pero aquella indecisión no le causaba mo-

lestia, más bien felicidad. Se sintió vanidoso y rico.

En eso se paró Doña Ratona, se colocó en la boca de la cueva y se pegó bastante al gato, como nunca se acerca un ratón a su tradicional enemigo. Estaba dispuesta a todo, aunque la lucha resultara muy desigual, pero hay acciones que no pueden dejarse para después. Eso pensaba Doña Ratona, quien estaba decidida. “Los riesgos se asumen de acuerdo a como vengan”, pareció decir la ratona. Era realmente un momento muy difícil para ella.

21

Consciente del peligro que corrían sus hijos, se dispuso a hablar con el gato. Hay que hablar, la palabra mueve hasta las rocas. Y habló con el gato Doña Ratona. Del fondo de su alma salió este ruego:

No, por tu vida,
cómeme si quieres,
me quedaré tranquila,
a ellos perdona,
yo soy tu comida.

La brisa paralizó los árboles. Nada se oía. El gato apagó las lamparitas de sus ojos con un pestañeo sostenido. Lo dicho por Doña Ratona le tocó más allá del oído. Lo pensó el gato y se fue en puntillas. Suspiró Doña Ratona y acarició a sus crías.



El trote alegre de un pichón de mulo

Un pichón de mulo que caminaba solitario se detuvo en un llano de la hacienda Los Jaitiles, donde se encontraban un potrillo y un burrito. Tenían aproximadamente la misma edad, pero se habían tratado muy poco, a pesar de vivir en el mismo territorio. El joven mulo quería, y tal vez lo necesitaba, introducirse en el grupo, pero no sabía cómo hacerlo. Muy tontamente preguntó:

—¿Qué están haciendo ustedes?

La brisa paralizó los árboles. Nada se oía. El gato apagó las lamparitas de sus ojos con un pestiño sostenido. Le dicho por Doña Ratona le tocó más allá del oído. Lo pensó al- que la oíría. La oíría. La oíría. El gato se volvió a mirar a Doña Ratona y acarició a sus crías.



—¿Qué está haciendo usted?

Muy tranquilamente pregunto.

grupo, pero no sabía cómo hacerlo.

vez lo necesitaba, introducíame en el

territorio. El joven milo quería, y tal

poco, a pesar de vivir en el mismo

ma edad, pero se había tratado muy

es. Lo que me quedaba era la que

en el momento de la partida.

de la familia. Lo que me quedaba

había que hacer. Pero un día

Y me quedaba un día.

Y me quedaba un día.

Y me quedaba un día.

Y me quedaba un día.

Y me quedaba un día.

Y me quedaba un día.

Y me quedaba un día.

Y me quedaba un día.

Y me quedaba un día.

Y me quedaba un día.

Y me quedaba un día.

Y me quedaba un día.

Y me quedaba un día.

Y me quedaba un día.

Y me quedaba un día.

Y me quedaba un día.

Los otros respondieron:

—Amigo, ¿no ves que comemos yerba?, eso hacemos, comer yerba.

—¿Me invitan para yo también comer?

—Claro.

25

Como el potrico y el burro joven le dieron esa acogida, el pichón de mulo se sintió en confianza y se mostró dispuesto a expresar su preocupación. Comenzó revelando la confusión que tenía por no saber qué cosa era.

—Unos creen —dijo— que yo soy un burro y otros creen que soy un caballo, pero yo mismo no sé qué soy.

—A ver —dijo el burrito—, ¿tú rebuznas?

—No, no hago eso —respondió el pichón de mulo.

—Pues no eres un burro, además de que tus orejas no son de burro, son muy cortas.

El caballito cesó de rumiar para preguntar:

—¿Tú relinchas? —E hizo una demostración de lo que es relinchar. El pequeño mulo se quedó alelado y luego respondió:

26 —Yo no relincho, quien relincha es mi madre, ella trata de enseñarme, pero no he podido aprender.

—¿Cómo es eso, entonces tu madre es una yegua? —preguntó el potrillo levantando las orejas. Y agregó: —Si tú no relinchas, no eres un caballo, además tus orejas son muy grandes, no pareces uno de nosotros.

—Pero mi madre es de la familia de los caballos, entonces debo ser de esa familia.

—Oye, amigo, los tres tenemos poca experiencia de la vida, por nuestra edad, pero algo que yo he aprendido es que todo caballo relincha, tan cierto como que hijo de gato, caza ratón. —Quien habló fue el potro. Luego éste, como el mulito, se quedó contemplando al burrito, quien, al oír la voz de otro animal, emprendió una carrera espontánea,

echando patadas al aire y tirando pedos como por diversión.

Al ver este espectáculo, el mulito pensó: “En verdad, no me gustaría ser un burro”. A seguidas se preguntó: ¿Qué soy y qué quiero ser? No encontró de inmediato la respuesta.

27

Cuando el joven asno terminó su demostración olímpica, se reintegró a la conversación. Señalando al pichón de mulo le dijo, con torpeza y presunta autoridad: —Si tu madre no te dice quién es tu papá, es porque hay un problema, seguro que tú no lo conoces.

—Así es —respondió el pichón de mulo con cierto desconsuelo.

—Por lo que he podido entender —dijo entonces el potrillo—, tu madre es una yegua, pero tu padre no es un caballo, ¿es así?

—Sí —respondió el triste mulito.

—Ahí pasa algo raro, eso es un problema —agregó el potrillo, y repitió el burrito. Al mismo tiempo escucharon

una voz detrás de ellos. Los tres levantaron la cabeza y pusieron atención.

28 Fue un berrido lo que se oyó. Transitaba por allí el Chivo Mayor quien llevaba largas barbas y unos cuernos que apuntaban hacia arriba. “Lo que es la falta de experiencia”, pensó al escuchar la conversación de las tres jóvenes bestias. Y les explicó lo que ellos no entendían:

—Aquí, en Los Jaitiles —dijo—, todos nos conocemos. Este jovencito es hijo de la yegua Bronca y de un burro.

—¡De la yegua Bronca, pero esa es hermana de mi mamá, que es la yegua Blanca, ellas son hijas del caballo Masfino! —Eso dijo el caballito. El burrito lo iba a repetir, pero se aguantó y prefirió preguntar que de qué burro era hijo el pichón de mulo.

—Del único que hay en esta hacienda —respondió el chivo. Entonces el burrito dijo:

—Pero ese es mi papá, entonces este animal es mi hermano paterno.

—Y es mi primo, porque su madre es hermana de la mía —dijo el potrillo.

—Como lo oyen —berreó el chivo—, y él es un mulo.

El mulito abrió claramente los ojos, troteó alegremente por la llanura y pregonó la satisfacción de saber lo que era. Los otros dos también se alegraron, y trotaron con él.



... que se le dio un nombre...

Fue un berrido lo que se oyó...
... llevaba largas barbas...
... que se le dio un nombre...

95

—Aquí, en Los Jaitiles—dijo—, todos
nos conocemos. Este jovencito es hijo
de la yegua Branca y de un burrito.

—De la yegua Branca, pero eso es
hermano de mi mamá, que es la ye-
gua Branca, ellas son hijas del caballo
Madrinol—Eso dijo el caballito. El bur-
rito lo iba a repetir, pero se aguantó
y prefirió preguntar que de qué burro
era hijo el pichón de mulo.

—Del único que hay en esta finca—
dijo—, respondió el chivo. Entonces el
burrito dijo:

—Pero ese es mi papá, entonces
este animal es mi hermano papá.



como siempre lo hacía: de pie sobre la silla en la que su padre y su madre se sentaban a realizar algunos trabajos.

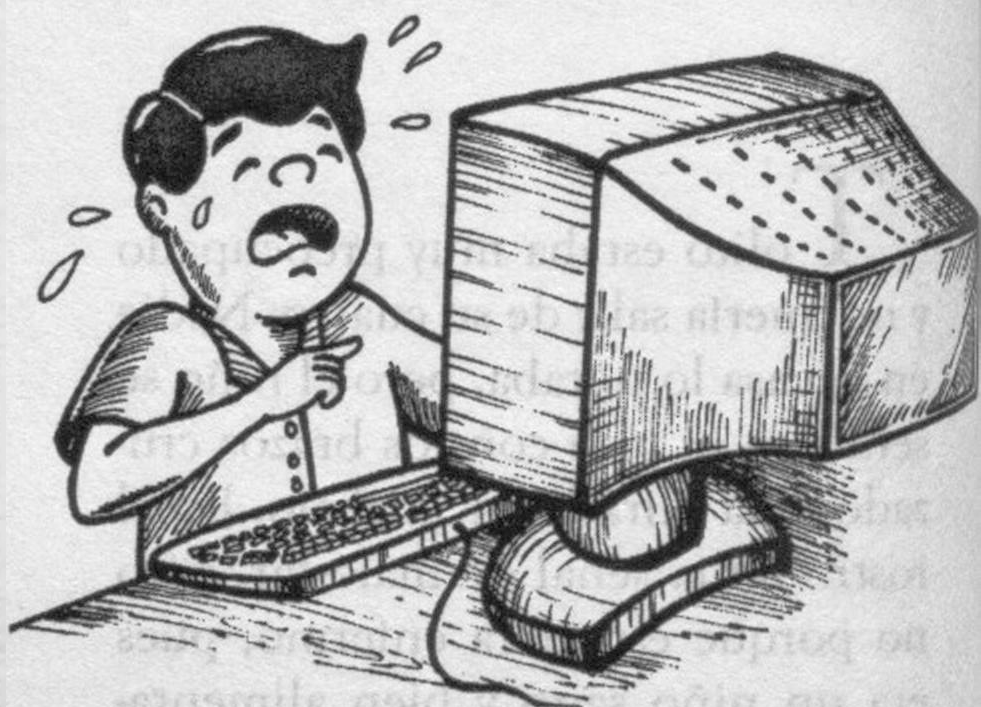
Tolito permanecía en su habitación. Solo permanecía en su habitación. El niño escribió un cuento para de que él estaba inactivo y triste. Su madre se ocupaba de asuntos del hogar y la hermana mayor realizaba tareas escolares.

La madre del padre.

Tolito estaba muy preocupado y no quería salir de su cuarto. Nadie en la casa lo notaba, pero el niño se sentó en el piso con los brazos cruzados y la mirada hacia abajo. En el rostro tenía señal de malestar, pero no porque estuviera enfermo, pues era un niño sano y bien alimentado. Pero algo le molestaba, esa es la verdad.

La preocupación le llegó después de estar al frente de la computadora, donde tecleó por más de una hora,

El niño escribió un cuento



como siempre lo hacía: de pie sobre la silla en la que su padre y su madre se sentaban a realizar algunos trabajos.

Tolito permanecía en su habitación sin que nadie se enterara de que él estaba inactivo y triste. Su madre se ocupaba en asuntos del hogar, y la hermana mayor realizaba tareas escolares.

En eso llegó el padre, procedente de su trabajo. Tolito acostumbraba esconderse en algún rincón del apartamento cuando oía la menor señal de la llegada de su padre. El hombre lo buscaba por distintos lugares, aunque supiera dónde se encontraba su hijo.

Tolito convirtió a su padre en un aprendiz de actor. Como cada día, el hombre entró preguntando: “¿Dónde está mi niño, dónde anda?”, lo cual llenaba de gozo a Tolito, que reía discretamente en su escondite. Lo buscó por rincones y armarios y dejó de último el cuarto del niño.

“Caramba, ¿dónde estará ese niño?”, dijo ya en la puerta de la habitación, para que el niño supiera que se acercaba el final de la escena.

34 Se llevó una sorpresa al verlo, pues Tolito no estaba jugando a la escondida, y parecía que lloraba por dentro. “¿Qué le pasa a mi niño, qué le han hecho?”, exclamó el hombre, a la vez que levantaba a su hijo. Llamó a todos los miembros de la familia y preguntó qué ocurría con el niño.

Nadie sabía nada. Todos creían que Tolito jugaba feliz y tranquilo, y que por eso no hacía ruido. El padre y la madre del niño se sentaron junto a él, le dieron besos y caramelos, y seguían preguntándole qué le ocurría. Hasta que por fin el niño se decidió a hablar y comenzó diciendo: “Mira, papi, esa computadora que tú compraste es mala”.

—¿Por qué, Tolito, qué pasó? —preguntaron a coro, padre y madre.

Tolito explicó que había escrito un cuento en la computadora, pero que

luego de terminado no apareció por ninguna parte, como si ella se lo hubiera tragado. Padre y madre empezaron a entender las causas por las que su hijo se puso triste. Ellos sintieron un alivio, porque pensaban que al niño le ocurría algo peor.

Le pidieron a Tolito que les hablara de su cuento, pero él no estaba muy decidido. En eso, su padre se levantó del asiento y fue a la habitación a buscar algo. Insistieron y el niño les contó lo que había escrito. El cuento se titulaba La historia del hombre orgulloso. Se lo narró de este modo:

Esta era una familia cuyo jefe era muy orgulloso de sí mismo. Él era tan orgulloso de sí, que quien no fuera orgulloso en su casa, él lo botaba, pues todo el mundo en su familia tenía que ser orgulloso.

Un día el hombre se encontró que tenía mucho dinero, y renunció al trabajo, se burló de su jefe y de toda la gente que lo rechazaba.

Después de un tiempo al hombre se le acabó su fortuna y fue de nuevo al sitio donde trabajaba para que lo aceptaran de nuevo.

36

El ex jefe le dijo que él podía regresar, pero con una condición. Y como el hombre preguntó que cuál, el ex jefe le respondió que con la condición de que no fuera tan orgulloso.

El hombre dijo que si era con esa condición, que no le diera el trabajo, pues él no iba a dejar de ser orgulloso. "Total, todavía me queda dinero", dijo, y se fue.

Siguió buscando trabajo y no encontraba porque nadie lo quería. Hasta que un día comenzó a morir de hambre por su orgullo, pero antes de morir dijo a su familia que quien lo quisiera traicionar, sólo tenía que evitar ser orgulloso, pero quienes quisieran que él estuviera orgulloso de ellos, solamente tenían que ser orgullosos.

—¡Aplauso! —gritaron todos los miembros de la familia. Y Tolito estuvo menos compungido. Luego el padre mostró una pequeña grabadora donde la voz del niño contaba la historia del hombre orgulloso.

37

—¡Eres una maravilla de papi!
—dijo Tolito, muy alegre.

—Tú eres una maravilla de niño
—dijo la madre.

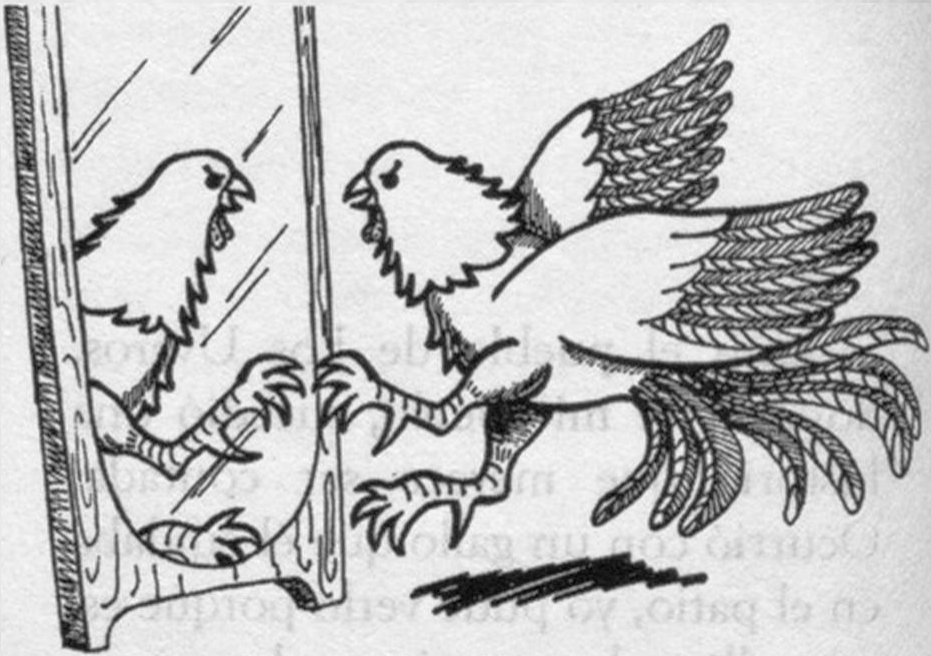
—Tu cuento está a salvo —dijo el padre—. La computadora quiso burlarse, pero nosotros sabemos más que ella.



La misión del gallo

En el pueblo de Los Uveros, donde vive mi abuelo, sucedió una historia que merece ser contada. Ocurrió con un gallo que él cuidaba en el patio, yo pude verlo porque estaba allí en las vacaciones de verano. Ya la cuento, aunque recordarla me cause dolor.

La misión más triste, entre todos los animales de la tierra, sin dudas, la tiene el gallo, el gallo con sus espuelas. La vaquita se alegra porque da leche para todos, la leche destinada a



sus hijos nos la da a nosotros. La gallina regala ese alimento tan rico que son los huevos y también los pollos. El cerdito alegra nuestra Navidad. Y del perro ni hablar, el orgullo del perro es la confianza que se ha ganado de las personas, por los servicios que ofrece. Pero no entiendo lo del gallo. No lleva el orgullo de cazar ratones, tampoco de cuidar nada, más bien se divierte en agredir a su hermano.

Cuando voy al pueblo de Los Uveros, donde vive mi abuelo, ah sí, es muy divertido oír tantos gallos cantando al amanecer. Y a los hombres como mi abuelo, que no usan reloj, les avisan que es la hora de levantarse.

Pero un gallo no crea nido ni eleva su vuelo, toda su vida la dedica a prepararse para guerrero, no comprendo cómo un ser quiere estar siempre peleando. Le gusta más pelear que comer, o que jugar con otros. Jamás puede juntarse con sus iguales.

Prefiere el gallo ser guerrero a mensajero de paz, él no puede transportar nada, ni echar carreras ni nadar en el agua, para él es mejor alistarse para la batalla. Pero, ¿por qué pelea, cuál es su causa?

En un mismo patio no puede haber dos gallos, si los hubiera, tendrían que estar amarrados. Lo comprobé en la casa de mi abuelo, en el pueblo de Los Uveros. Tampoco en el campo pueden andar sueltos a poca distancia, porque se matan.

Mi abuelo me dijo: —Mira, mi hijo, eso es un caso tan fuerte, que yo tenía dos gallos hermanos, hermanitos de la misma camada, que nacieron juntos y juntos se criaron y nunca peleaban, pero un día, por yo estar inventando, le puse zurrapa de café en la cara y la cresta a uno de ellos, y eso fue suficiente. Nada más fue soltarlo para que se armara una pelea, entonces tuve que sacar uno de ellos de ese lugar, pues no podían vivir cerca uno del otro.

No realiza un trabajo importante, ni para él es preocupación, al gallo le gusta que lo vean cuando se enfrenta en plena acción, no le importa si su acto es útil, lo que importa es su triste misión.

En el patio de la casa de mi abuelo, allá en el pueblo de Los Uveros, todos los gallos están atados con soguitas que llaman trabas, y los que no, permanecen en un rejón. Pero un día se soltó un gallo y para mi abuelo el susto fue como si pasara un ciclón. Qué alboroto más grande, y nos dimos cuenta de que un gallo andaba suelto porque fue a parar a la habitación de mi abuela, donde hay un armario antiguo, que tiene un espejo largo, casi hasta la altura del piso. Allí estaba el gallo peleando con el gallo del espejo. Sus aletazos provocaban un sonido así como plaf, plaf, con ese plumaje dando en el cristal del espejo.

Me dio pena ver aquello, pues el gallo, pobre animal, a falta de un enemigo buscaba su rival en el espejo.

mismo que comen ellos y tal vez hacen mucho esfuerzo por obtenerlo”.

Cada vez que oía un alarido de paloma pensaba que eran sus padres buscando al hogar. Pero no era así, el pichón seguía solito.

El tiempo le hizo cambiar el pensamiento a nuestro amigo, y comenzó a preguntarse cómo saldría de su propio hogar que se veía muy triste.

Especial para los niños
afectados de VIH/SIDA

Un pichón de paloma se encontró una mañana, al despertar, con una situación muy triste: sus padres y sus hermanos habían abandonado el hogar y a él lo dejaron totalmente solo. No tenía alimentos ni forma de procurárselos, y esto aumentó su preocupación.

Buscando alivio a su pena, se dijo a sí mismo: “Quizás ellos salieron a buscar comida y han tenido dificultades para encontrarla, como yo soy tan pequeño no puedo comer lo



mismo que comen ellos y tal vez hacen mucho esfuerzo por obtenerlo”.

Cada vez que oía un aleteo de paloma pensaba que eran sus padres que regresaban al hogar. Pero no era así. El pichón seguía solito.

47

El tiempo le hizo cambiar el parecer a nuestro amigo, y comenzó a preguntarse cómo saldría de su propio hogar, que se encontraba en la copa de un árbol muy alto. Miraba hacia abajo y se asustaba, porque él no sabía volar, todavía no tenía edad para eso.

Pero el hambre lo apuraba. Además, le faltaban fuerzas porque aquel pichón estaba enfermo. Claro, él no sabía que estaba enfermo porque en el hogar manejaron con misterio ese asunto. Nunca se le quitaba el mosquito y se le humedecían las escasas plumas de la parte trasera.

Una paloma gris, que vivía cerca del hogar del pichón, se compadeció y lo ayudó a bajar desde la copa del árbol. Y como él insistió

en preguntarle cuándo regresaban su papá y su mamá, ella le dijo:

48

—Ellos no regresarán, fíjate que se llevaron a tus dos hermanitos; pensé que volverían por ti, pero no lo harán, ya sé por qué no lo harán.

—¿Por qué no regresarán? —insistió el pichón. Pero la vecina paloma no respondió, y se fue.

Entonces él echó a andar, y por momentos ensayaba vuelos bajitos. Mientras caminaba por un bosque limpio, cercano a un lugar habitado por humanos, se topó con un pollito. Era tan joven este hijo de gallina, que las plumas no tenían forma de plumas, sino que parecían pegotitos de algodón. El pollito saludó amablemente al pichón de paloma y le preguntó:

—Dime, amigo, ¿qué te trae por aquí, si los hijos de paloma no caminan mucho sobre tierra, y menos tan solo como tú lo haces?

—Es que me quedé sin familia y no sé cómo vivir —dijo el pichón de paloma.

—Además, luces enfermo, tienes sucias las plumas traseras.

—Sí, en verdad... no lo había notado —dijo el pichón y se puso aún más triste.

El polluelo le contó por qué él también andaba solo y, entre otras razones, dijo que no podía tragar el maíz porque los granos no pasaban de su garganta, mientras sus hermanitos sí lo tragaban bien.

—Se burlaban de mí, diciendo “un pollo que no come maíz” y se reían a coro —le dijo.

El pichón de paloma y el pollito acordaron ser amigos y ayudarse mutuamente. Compartían los gusanitos que encontraban, y seguían caminando en busca de mejores ambientes. Así fue que conocieron un ave muy bonita y despierta llamada perdiz.

Ambos le contaron sus respectivas historias y ella les dio comida y consejos muy buenos.

—Pero no puedo ocuparme de ustedes porque andamos a ritmos muy diferentes —dijo la perdiz. Sin embargo, los ayudó a llegar al lugar donde vivía una guinea muy sabia, de quien era gran amiga. Las dos aves adultas hablaron a solas.

—Ese pichón de paloma siempre defeca muy blando —dijo la perdiz.

—Entiendo —respondió la guinea—, y el polluelo dice que no puede tragar, podría morir.

La perdiz se despidió y los dos amigos permanecieron con la guinea, quien les enseñó técnicas para buscar alimentos y prácticas para moverse. Sin embargo, después de unos días, la guinea se excusó con sus visitantes, porque ella temía por los cazadores.

—Ay, chicos, aquí nunca uno está seguro —les dijo.

Consultó con las avecillas acerca de si querían vivir en un lugar llamado Rosal Escondido, donde habitaba una colonia de ruiñeñores, todos bondadosos, alegres y atentos.

—¿Qué se come ahí? —preguntaron a dúo.

—Cierto es que allí abundan las flores, que sólo son alimentos para la vista, pero sin ir muy lejos aparecen semillas y gusanitos que hacen bien al paladar.

Aceptaron la propuesta, entonces la guinea los colocó sobre su lomo y voló hasta el Rosal Escondido. Tras la guinea presentarlos, todos se alegraron con los visitantes. La guinea secreteó al jefe de la comunidad de ruiñeñores que el pollito y el pichón de paloma estaban enfermos, y le sugirió cuidar de ellos. El ruiñeñor movió la cabeza en señal de aceptación.

La comunidad de ruiñeñores los recibió como si fueran de su familia y les dio tareas para ganarse el alimento y el lugar para vivir. Pero además,

se reunían cada tarde todos los ruiseñores y les cantaban a los amigos sus mejores canciones.

52

En poco tiempo cambiaron el semblante, renovaron sus plumas, que entonces fueron limpias y completas. Se complacían el pollito y el pichón de paloma de apreciar que en aquella comunidad el amor se derramaba como un bálsamo perfumado.

Tiempo después cantaban como ruiseñores y vivían sanos y felices.



La palabra más importante

Hacia mucho tiempo que esa discusión estaba por darse. Todas ellas comentaban siempre sobre su importancia y valor. Hasta que un día los gremios que las agrupan promovieron el encuentro en un bello jardín de la Ciudad Universitaria.

El gremio de los sustantivos ocupaba el área más amplia, y allí estaban todos ellos. Los verbos daban muestras de disciplina y orden agrupados al frente de los

se reunían cada tarde todos los niños y les cantaban a los amigos sus mejores canciones.

En poco tiempo cambiaron el ambiente, renovaron sus palabras y entonces fueron simpáticas y con ganas. Se complacían el pollito y el pajar de paloma de apreciar que en aquella comunidad el amor se derrama como un bálsamo perfumado.



bello jardín de la Ciudad Universitaria. El gremio de los suscritores ocupaba el área más amplia y allí estaban todos ellos. Los verbos daban muestras de disciplina y orden agrupados al frente de los

sustantivos. Eran los grupos más fuertes.

Como el lugar tenía forma de rectángulo, los adjetivos ocuparon uno de los lados estrechos. En el lado opuesto se colocaron los pequeños grupos formados por los adverbios, pronombres, preposiciones, artículos y conjunciones.

55

La asamblea estaba montada. Para moderar el debate fue escogido un conjunto de palabras, a razón de una por cada gremio. Pero hubo un pequeño conflicto porque algunos de los presentes objetaron al adverbio y otros objetaron al adjetivo.

¿Qué razón alegaron? Dijeron: “El adverbio no aporta nada, porque él es un incondicional del verbo”. El adverbio se defendió y dijo: “Yo no soy incondicional de nadie, lo que pasa es que yo controlo la función del verbo”.

Luego habló quien rechazara la presencia del adjetivo en el grupo

de palabras: “El adjetivo —dijo— sólo viene a pintar pajaritos en el aire, sin él el conjunto de palabras sigue teniendo sentido completo”.

56

Pero ambas objeciones fueron rechazadas, y tanto el adjetivo como el adverbio entraron a formar parte de la oración, que era como se llamaba el órgano que dirigía la reunión.

Comenzaron los turnos. Llamaron a los artículos. El indefinido miró al definido, como diciéndole: “Habla tú”. Pero éste optó por declarar que:

—Nosotros los artículos apoyamos al sustantivo, con él vamos a todas partes.

Esta expresión le pareció bien a los verbos, quienes planeaban entorpecer la intervención de los artículos. “Porque estos elementos se prestan al jueguito de conquistar verbos para convertirlos en sustantivos, como si no tuvieran dignidad verbal”.

El clima de confrontación fue aprovechado por el gremio de los sustantivos para tratar de cerrar el paso a los adverbios, pero cuando se sometió a votación, la moción de los sustantivos fue rechazada, y el representante de los adverbios pudo hablar. Oigan lo que dijo:

—Muchos están equivocados con nosotros, con el cansito ese de que nosotros dependemos del verbo y, con el perdón de los compañeros verbos, nosotros más bien hacemos que ustedes dependan de nosotros.

—¡Protesto! —gritó alguien desde la multitud de verbos.

—¡Déjenlo que hable, por favor, déjenlo que hable!

Y el adverbio siguió hablando.

—Nosotros hacemos que el verbo diga más o diga menos. Sólo por nosotros se sabe el lugar de las cosas. Por igual, de nosotros depende cuándo y cómo ocurre todo.

Después de los adverbios, correspondió el turno al gremio de los adjetivos. Su vocero hablaba tan lentamente que desesperaba a los presentes.

58

—Los adjetivos —dijo— damos color, forma y vida a las cosas, a las personas y a los seres de la naturaleza.

Los verbos, que no pueden mantenerse tranquilos, que necesitan estar en acción, reaccionaron de inmediato, sin que el vocero de los adjetivos hubiera terminado de hablar. Uno de ellos dijo:

—Nosotros los verbos ponemos las cosas en movimiento. Ponemos la vaca a mugir, el perro a ladrar, el ratón a roer y la oveja a balar. Sin los verbos, el mundo queda detenido y callado o, por mejor decir, queda muerto.

No le gustó a los sustantivos esta actitud de los verbos. ¿Por qué tienen que creerse los dueños de todo?, se preguntaron.

Una palabra pequeñita y silenciosa que se mantuvo al margen de todo, saltó y dijo: —Nos unimos o perecemos.

Todos miraron y buscaron a ver quién hablaba. Era una conjunción, quien persistió en su llamado a la unidad y conciliación: —Ni el sustantivo, ni el verbo, ni nadie puede atribuirse por sí solo las funciones de las palabras.

Al ver la valentía de la conjunción, una preposición se atrevió a hablar, aunque no se le había dado el turno: —¿De qué nos sirve estar una contra la otra?, lo importante es vivir por y para los demás.

Después de esto, vino la calma. Entonces los verbos hablaron con algo más de moderación. El más viejo de ellos expresó:

—Al principio era el verbo, y el verbo estaba en Dios, y el verbo era Dios. El verbo todo lo puede.

Los adjetivos reclamaron la oportunidad de concluir su turno, pues

le fue interrumpido, y se le concedió. Así hablaron:

—Sin nosotros, verde no es el campo, dulce no es la miel, fresca no será el agua, ni frágil el papel.

Llegó el turno de los sustantivos. Y hablaron suavemente.

—Somos las cosas, somos los seres, somos animales, somos enseres. Somos almas, somos esencia, somos lugar, somos creencias.

Hubo silencio, pero duró poco.

—¡Ay, ay! —expresó una interjección que había permanecido observando— ¡Cómo son las cosas, caramba!, sin nosotras las emociones serían sordas y mudas.

—Usted —dijo un pronombre—, tiene razón. Ellos se creen todo y se olvidan que todos nosotros también tenemos nuestra función.

—¡Ey!, yo lo creo, es como tú dices.

Parece que verbos y sustantivos escucharon este diálogo, pues cambiaron de actitud y entonces desfilaron

en grupos formados por un miembro de cada gremio. Y proclamaron a coro el poder de las palabras, de todas las palabras.

La tienda del gato

61



Esta es la historia de un gato que por estar muy entradito en edad continuaba muchas dificultades para solucionar sus problemas personales. ¿O debo decir "problemas gatales" o tal vez "problemas gatunos"? Ahora no sé.

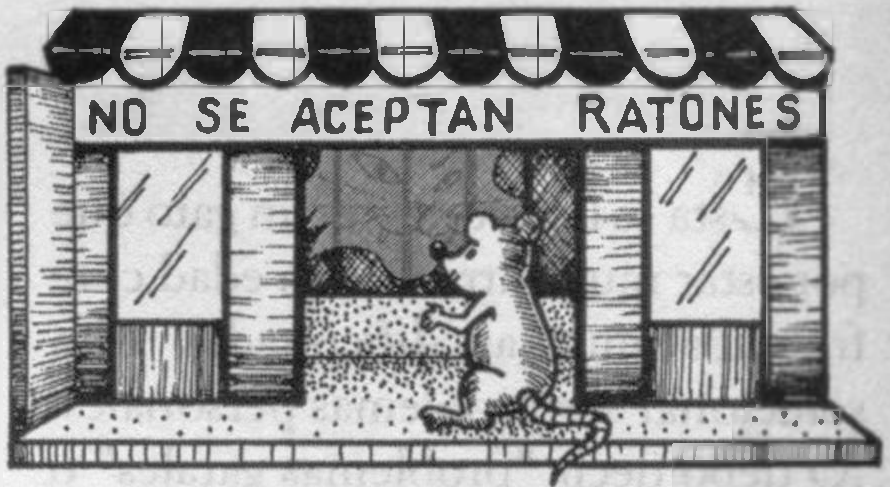
Lo que sí sé es que este gato nota la disminución de su agilidad para la búsqueda de la comida, algo fundamental para todo animal. Dijo que los gatos tienen siete vidas, pero a éste le quedaban quizá dos, pues

La tienda del gato

Esta es la historia de un gato que por estar muy entradito en edad confrontaba muchas dificultades para solucionar sus problemas personales. ¿O debo decir “problemas gatales” o tal vez “problemas gatunos”? Ahora no sé.

Lo que sí sé es que este gato notó la disminución de su agilidad para la búsqueda de la comida, algo fundamental para todo animal. Dicen que los gatos tienen siete vidas, pero a éste le quedaban quizá dos, pues

La tienda del gato



¿Por qué "problemas ratones"? Ahora

Lo que sí se es que este gato notó la disminución de su agilidad para la búsqueda de la comida, algo fundamental para todo animal. Dicen que los gatos tienen siete vidas, pero a este le quedaban quizás dos, pues

había sobrevivido a muchas peleas y ataques.

Imagínate, el gato de nuestra historia tuvo los ojos azules y ya se les han puesto grises, además de que uno de ellos luce más pequeño que el otro. Su piel no presenta ningún brillo.

65

En el pasado, el gato del que hablo fue atrevido y galante. Inicialmente se llamaba Yoryi, pero su nombre cambió temporalmente a partir de una de sus hazañas favoritas.

Siempre que pasaba un autobús por la calle donde vivía, Yoryi invitaba a otros gatos a pasar por debajo del vehículo. Él siempre salió bien, pero todos los compañeros no tuvieron igual suerte.

Ahora pocos le llaman Yoryi, más bien le dicen “viejo gato” o “gato viejo”. Y por ser viejo y por ser gato fue que se le ocurrió la idea tan original de buscar un medio para su alimentación. Porque Yoryi tiene sus delicadezas, a él no le gusta cualquier cosa para comer. Su plato favorito es ratones vivos.

El viejo gato abrió una tienda y al frente de la misma colocó un letrero bien visible: "No se aceptan ratones". ¿Qué se vendía en aquella tienda? Vaya usted a saber. Muy cierto sí es que el sitio cogió notoriedad y llamó grandemente la atención de la comunidad de ratones.

Yoryi, el viejo gato, preparó su tienda de modo tal que él no se veía desde fuera, y siempre se mantenía en una posición discreta, en espera de los clientes. Colocó una jaula con un trozo de queso dentro. La jaula era una trampa, pues en la puerta tenía una cuerda tensa que al ser pisada cerraba la jaula y el visitante quedaba detenido.

Muchos ratones entraron y no salieron jamás. Otros intentaron averiguar lo ocurrido con sus compañeros y tampoco salieron de la tienda del gato. Así se fue creando un verdadero estado de intranquilidad entre los ratones. Sin embargo, cada día aparecía uno de ellos a quien el gusanito

de la curiosidad lo hacía entrar a la tienda cuando leía el rótulo “No se aceptan ratones”.

Debió causar asombro que una rata corpulenta, de piel lucia, saliera de la tienda del viejo gato dos días después de entrar. Entró y salió de nuevo durante un buen tiempo. ¿Tenía alguna magia o se burlaba del gato?

Si de la sobrevivencia se trata, de un gato nadie se burla. Ocurrió que esa rata, además de gorda, estaba encinta, entró a curiosear y tanto se entretuvo en la tienda del viejo gato, que le llegó allí la hora del parto y colocó tres diminutas criaturas en un rincón de la tienda.

Su sorpresa vino cuando intentó salir y en la puerta apareció el dueño de la tienda.

—¿Usted quién es? —dijo de mala forma la rata gorda.

—Controle el mal genio, doña ratona —respondió el gato con absoluta calma.

—Oh sí, quiere que me controle, que esté tranquila sabiendo que dejo mis crías a lo que usted quiera, ¿acaso cree que de verdad no sé quién es?

68

—Calma, mi edad no está para estas riñas, de verdad usted está comible, su carne da para dos almuerzos y sus pequeños para rica merienda, pero...

—¡Descarado! —interrumpió la rata—, así se atreve a hablarme, quite-se del medio, déjeme salir.

—Todo sucederá, doña ratona, pero cambie sus modales, fíjese, le tengo una propuesta.

Mientras ocurría este diálogo entró a la tienda un ratón joven y vivaracho que movía los ojos y el hocico más que todos los ratones. Sus alegres movimientos lo llevaron justamente a la trampa del gato. Daba saltos y cabezazos contra la jaula, pero no podía salir.

La rata vio todo. Escuchó con paciencia lo que proponía el gato.

¿Qué le planteó el viejo felino? Le propuso algo simple. Aceptaría que ella saliera de la tienda, pero dejando a los tres pequeños, quienes serían respetados si la madre guardaba secreto de lo que pasaba allí.

—¡Tengo que creer en palabra de gato!, ¿verdad?

—Conviene, doña ratona —respondió el gato con toda su calma.

El viejo gato logró bajar el tono violento de la ratona y ésta comenzó a confiar en su, como quien dice, enemigo. Así lograron ponerse de acuerdo. La rata podría salir del local y el gato respetaría, en su ausencia, la integridad de los ratoncitos.

Pudieron vivir en paz. La rata mantenía silencio de lo que ocurría en aquella tienda y el gato se relamía los labios de pensar el rico manjar que serían los tres ratoncitos, pero del apetito no pasaba. Entre tanto, la ilusión de la rata consistía en retirarse de allí con sus hijos.

Pasaron días, semanas y meses y los ratoncitos ya podían valerse por sí mismos. La rata tenía un plan concebido que nunca declaraba. Para el gato las cosas cambiaron para mal. La entrada de ratones a la tienda mer-
mó considerablemente. Cada día su capacidad de movimiento era menor y también menor la posibilidad de conseguir su alimento. La rata lo instó a comer víveres y vegetales que ella guardaba, pero el gato no quiso. Ocurrió al día siguiente, pero tampoco quiso. La entrada de ratones, también fue nula.

El viejo gato quiso averiguar la causa de su situación y con gran esfuerzo llegó hasta el frente del negocio. Vio que allí no estaba el letrero que decía "No se aceptan ratones". Comprendió todo. Intentó tener una explicación de la ratona, pero ésta, tartamudeando, respondió que no sabía nada de ese letrero. Aunque tal vez sabía. El gato avanzó a su guarida, movió

los ojos en todas las direcciones y luego se durmió.

La ratona, al ver aquello, le dijo a sus crías: “Podemos irnos”. Y se fueron.



Nadie conocía a ese hombre, pero su extraña predicción hizo de él las miradas hacia él. Era muy extraño, tanto el tono que el anuncio que había proclamado en los sitios principales de la pequeña ciudad.

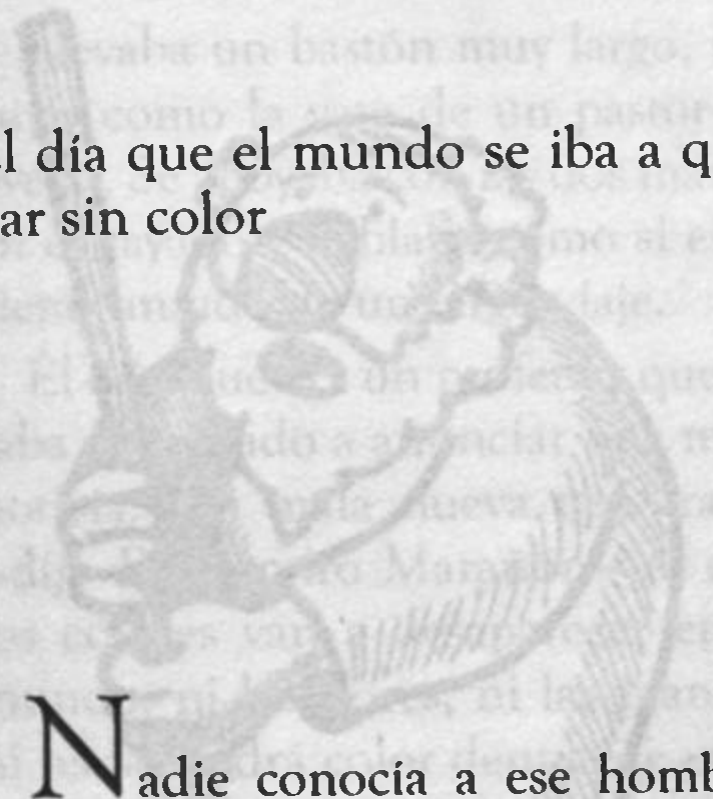
Era un hombre corpulento, de bigote blanco, piel casi pálida y la nariz como un cajón maduro. Su nombre era Diodemiro. Dijo que en su lugar de origen, que no identificó, lo llaman Papá Marañón, por la peculiaridad de

los ratones ya podían salir y entrar a la tienda como antes. Cada día se



movimiento era menor la posibilidad de encontrar su alimento. La ratas se alimentaban de viveres y vegetales que quedaban pero el gato no quiso. Ocurrió al día siguiente, pero poco quiso. La entrada de ratones también fue nula.

El viejo gato quiso averiguar la causa de su situación y con gran esfuerzo llegó hasta el frente del negocio. Vio que allí no estaba el letrero que decía "No se aceptan ratones". Comprobó todo lo intentó tener una explicación de la ratas, pero esta, tartamudeando, respondió que no sabía nada de ese letrero. Aunque tal vez sabía. El gato avanzó a su guarida, miró



El día que el mundo se iba a quedar sin color

Nadie conocía a ese hombre, pero su extraña predicción hizo dirigir las miradas hacia él. Era muy extraño, tanto o más que el anuncio que había proclamado en los sitios principales de la pequeña ciudad.

Era un hombre corpulento, de barba blanca, piel casi pálida y la nariz roja como un cajuil maduro. Su nombre: Diodemiro. Dijo que en su lugar de origen, que no identificó, lo llamaban Marañón, por la peculiaridad de



su nariz, pues no sólo era roja, sino que lucía como un pegotito de carne concentrada.

Llevaba un bastón muy largo, tan largo como la vara de un pastor de ovejas. Se apoyaba con las dos manos en el cayado y hablaba como si estuviera cansado de un largo viaje.

75

Él dijo que era un profeta y que estaba autorizado a anunciar una mala noticia. “La mala nueva que traigo —dijo Diodemiro Marañón— es que los colores van a desaparecer en el mundo, ni las flores, ni las plantas, ni nada tendrá color dentro de poco tiempo”.

El anuncio se divulgó rápidamente y causó gran preocupación entre los niños. No hubo ni uno solo que no asumiera aquello como una tragedia, porque de eso se trataba realmente. Todos lucían nerviosos y muy activos, como bomberos en casos de desastre.

Diodemiro hizo su anuncio y se marchó. Desapareció sin que nadie

se enterara en qué tipo de vehículo viajó. Lo mismo que su llegada, que nadie supo si llegó por la mar en un balandro, en automóvil o a caballo.

76

Pero, cuando Diodemiro abandonó el pueblo, la intranquilidad ya estaba plantada; cundió intensamente entre los niños, pues la gente adulta siguió tranquila en sus labores ordinarias. Además, ellos estaban muy adultos entonces para entender esas cosas.

¿Cómo podrán asimilar las mentes de los adultos que la vida se quedaría sin color? A ellos, eso nada le decía, no le era dado entenderlo.

Fueron los niños quienes organizaron jornadas para recoger y almacenar colores. De este modo enfrentaron la terrible escasez anunciada.

—¡Vivir sin colores es imposible!
—proclamaban los pequeños.

—¡No merecemos eso!

—¡Así no se puede vivir!

Trabajaron unidos. Guardaban colores en todo tipo de envases. En prin-

cipio se empeñaron en mantener una estricta separación entre uno y otro. Luego no fue posible mantener ese orden y los colores se mezclaron, se reprodujeron. Así fue como surgieron colores nuevos. Por ejemplo, el rosado, que fue producto de juntar rojo y blanco. El gris, que se creó juntando el negro con el blanco.

Todos estuvieron muy tristes, pues pensaban que la vida sin color es incompleta, es amarga, es fea. Los niños se empeñaron tanto, que impidieron la desaparición de los colores.

Los adultos, ocupados en sus quehaceres, no se fijaban cómo los niños teñían sus ropas, cómo las uñas le cambiaron de tonalidades, cómo los colores les chorreaban por todas partes del cuerpo. Mucho menos podrían darse cuenta los mayores de que los colores penetraban el espíritu de cada niño.

Luego los niños decidieron salvar a los adultos, protegerlos de la incoloración, y los empaparon a

ellos también. Unos reaccionaron y se enteraron de que el trabajo de los niños resultó muy útil, reconocieron que los pequeños actuaron con gran inteligencia. Otros no hicieron nada, tampoco dijeron nada, no sintieron nada. Sus ojos no veían nada. Es que ya estaban muertos. Habían muerto por dentro y no lo sabían, y les quedaba un chorrito de espíritu que les permitía moverse ordinariamente.

Con la profecía de Diodemiro quedó claro que muchos de los que no reaccionaron frente al peligro de perder los colores, estaban muertos.



ellos también. Unos reaccionaron y se enteraron de que el trabajo de los niños resultó muy útil, reconocieron que los pequeños accedían con gran inteligencia. Otros

Este libro se terminó de imprimir en junio de 2007 en los talleres gráficos de Cargraphics, S. A. y consta de 500 ejemplares.

Con la profecía de Dicho quedó claro que muchos de los niños reaccionaron frente al peligro perder los colores, estaban muy



Cuentos de niños y animales

Niños y animales protagonizan nueve fascinantes historias en las que el lector podrá participar y divertirse. El juego, la fantasía y los hechos permiten valorar actitudes de animales y personas. Ternura, picardía, color y gracia contienen estas historias de los mundos animal y humano. Son una búsqueda permanente de supervivencia y comunicación donde aparecen la bondad, la maldad y muchas enseñanzas para los niños y las niñas.

Torre de Papel
**GRUPO
EDITORIAL
norma**



Rafael Peralta Romero

Sus primeros libros fueron de poesía infantil: *Niño y Poesía* (1977) y *Un chin de caramelo* (1992). Ediciones Ferilibro publicó su selección de cuentos titulada *El conejo en el espejo y otros cuentos para niños* (2006). También ha publicado tres libros de cuentos y tres novelas para adultos. Enseña lengua española en la Universidad Autónoma de Santo Domingo, donde estudió la profesión de periodista. Ah, nació a mitad del siglo veinte, en Miches, muy cerca del mar, en el noreste de República Dominicana.

C.C. 12270

ISBN: 978-99934-56-13-1



9 789993 456131

www.librerianorma.com

A partir de los 11 años

BIN
PEU